

El signo, según Charles Peirce

La Semiótica

Al mismo tiempo que Saussure desarrollaba su teoría, en los Estados Unidos, Charles Sanders Peirce trabajaba también en una ciencia de los signos que él llamó Semiótica, sin saber de la existencia del lingüista francés.

A diferencia de Saussure, a Peirce no le preocupaba el funcionamiento de la lengua; su preocupación era más general, ya que le interesaba cómo el hombre conoce la realidad. **La Semiótica, que para él debía constituir el marco de referencia para cualquier investigación, permitiría indagar en la relación que el hombre establece con el mundo.**

Peirce desarrolla la siguiente definición de signo: un signo es algo que está para alguien en lugar de otra cosa en algún aspecto o carácter.

Como vemos, no hay nada que lleve a “algo” a ser un signo. **Cualquier cosa puede serlo**, siempre que se establezca la siguiente relación: que esté para alguien en lugar de otra cosa. Esa otra cosa se denomina el **objeto** del signo. **El signo es, entonces, la relación no la entidad.** No hay cosas que son signos y cosas que no lo son: todo lo que se introduzca en esa relación puede ser un signo. Para Peirce, una imagen, una letra, una fórmula química, una palabra o hasta un discurso completo pueden ser signos.

Además, para que algo sea signo de otra cosa, esa otra cosa ya debe ser un signo. ¿Qué quiere decir esto? Si puede leerse una huella como signo de un perro, debemos haber conocido lo que es un perro, y por lo tanto ya haber construido el signo “perro”. No es posible construir un signo para un objeto que no es signo previamente. Si no conozco al perro como signo, no voy a poder interpretarlo como objeto del mismo. Pero, el hecho de que todo “objeto” del signo sea ya un signo implica que el conocimiento siempre tiene como objeto otro conocimiento y nunca accede a una “realidad” anterior al pensamiento.

Esto no quiere decir que existan solamente signos. Peirce no niega la existencia del mundo, sino que rechaza la posibilidad de conocerlo fuera de los signos.

Como señalamos antes, la preocupación de Peirce no consistía solamente en desarrollar un modelo de signo, sino en planteos mucho más generales que tienen que ver con la relación de los individuos con la realidad. **Según la teoría de Peirce, toda la experiencia humana se organiza en tres niveles: primeridad** (el orden de las cualidades), **segundidad** (el orden de la realidad) y **terceridad** (el orden de los signos). La realidad con la que se enfrenta el hombre, el mundo con el que toma contacto, es la segundidad. Si, por ejemplo, una rama nos cae en la cabeza, este encuentro es considerado como una segundidad que, al hacer considerar la dureza de la rama, nos hace enfrentar con una cualidad de la misma. Las cualidades son para Peirce primeridades. Pero primeridad y segundidad sólo pueden conocerse y pensarse una vez establecida la relación entre ellas. Y para pensar usamos signos que son terceridades. Estos tres niveles se pueden encontrar en toda la teoría de Peirce.

Entre las diferentes clasificaciones de los signos que presenta Peirce, nos interesa aquella que los agrupa de acuerdo con **la relación que tienen con el objeto que representan**. Así, un dibujo de un gato, una huella de un gato y la palabra gato son signos del objeto gato. Sin embargo, es obvio que cada uno lo representa de distinta manera:



El dibujo representa al gato porque es –en alguna medida– similar a él. Los signos que representan a su objeto por **similitud** se llaman **iconos**. El icono es un signo que muestra la misma cualidad o conjunto de cualidades que su objeto, entabla con él una relación **analógica**. Son ejemplos de iconos los dibujos, los diagramas y los mapas.

La huella no representa al gato en virtud de su similitud sino que el vínculo se produce por **proximidad**. La experiencia nos dice que la huella y el gato van juntos, que la primera se desprende de la segunda y, por eso, vinculamos la huella como signo del objeto gato. **Este tipo de signos se denominan índices**. Una característica fundamental de los signos indiciales es que llaman la atención sobre su objeto, lo indican. En este sentido algunas palabras, como los pronombres personales: “ése”, “éste” “aquél” o demostrativos como “aquí”, “allá” funcionan como índices, ya que llaman la atención sobre aquello a que se hace referencia y conectan la frase con la situación en la que se enuncia.

La palabra gato ni se asemeja al objeto ni está próxima a éste. Su relación se establece por **convención**, por **hábito** o por una **ley**. **En este caso, Peirce habla de símbolos**. Las palabras de una lengua son, según esta clasificación de Peirce, símbolos porque su relación con el objeto es por convención. Otros símbolos son la paloma de la paz (con respecto al objeto paz), la Bandera Argentina (respecto de la Nación Argentina), el silbato del árbitro, como señal de que comenzó el partido, etcétera.

Ahora bien, **en la comunicación social no es posible encontrar casos puros de iconos, de índices o de símbolos.** Estas relaciones se dan mezcladas. Retomando el ejemplo de la paloma de la paz:

- con respecto al objeto paz, la paloma es un símbolo;
- con respecto al objeto paloma es un icono, pues se trata de un dibujo.

Otro ejemplo: en los lugares públicos el baño de damas se encuentra indicado con un signo como el siguiente:



Es un índice con respecto al baño y, a la vez, un icono respecto de la mujer. Aunque en rigor, el grado de similitud con una mujer no es tan fuerte. Ninguna mujer tiene la cabeza redonda, sin pelo, y la ropa en forma de trapecio. Está operando, en rigor, un proceso simbólico, porque lo reconocemos por convención.

En otras palabras, **en la vida social cada signo no establece una única relación con su objeto.** Más bien nos encontramos ante distintos niveles de funcionamiento.

Cuando nos comunicamos con otra persona, según Peirce, se ponen en juego procesos de significación de estos tres tipos. En el ámbito de la comunicación no verbal (los gestos, las miradas, las distancias), que veremos con más detalle, son indicaciones sobre qué nos están diciendo, qué le pasa al que nos está hablando, etc., y como tales pueden ser considerados como procesos indiciales, es decir, índices.